

Salud Mental:

**Perspectivas y desafíos para
la construcción de otros mundos posibles**

27, 28 y 29 de noviembre de 2025

La realidad y la fantasía inconsciente en sus relaciones con la tecnología

Marcelo Novas

Facultad de Psicología, Udelar



Resumen

En mis estudios de doctorado me dediqué a explorar el lugar del humor como estrategia ante la angustia. En dicha investigación, el lugar de la fantasía inconsciente como marco ante la angustia fue central para pensar el trabajo clínico, asimismo las posibilidades creativas del chiste, lo cómico y el humor.

La fantasía inconsciente es un concepto que ha vertebrado la propuesta del psicoanálisis en su abordaje del psiquismo del sujeto, específicamente en lo referido a la relación entre la realidad material y la realidad psíquica.

Freud desarrolló la idea, ya desde su colaboración con Breuer, y puede seguirse su genealogía a lo largo de toda su producción. Lacan toma el relevo para proponer su formalización en una clave que permita relacionar un sujeto en falta de todas las formas posibles con su objeto de deseo.

En la actualidad, la relación entre la realidad y la fantasía está cuestionada particularmente desde lo que las nuevas tecnologías proponen. Esto no es nuevo, pero hoy en día toma un carácter de inquietante familiaridad sobre todo si nos detenemos en lo que la inteligencia artificial genera.

Tomando lo que Freud propone en *Das Unheimliche* y la lectura de Lacan en el seminario sobre la angustia trataremos de analizar y proponer en torno a cómo la fantasía inconsciente organiza y se organiza en este diálogo con lo que la tecnología propone.

Realidad y fantasía son dos conceptos que poseen carta de ciudadanía en el psicoanálisis desde que Freud empezó a establecer las bases doctrinales de la nueva disciplina. Basta recordar su artículo de 1924 La pérdida de realidad en la neurosis y psicosis (Freud, 1924) para poder ubicarnos en la operatividad de dichos conceptos en la práctica clínica. Hoy día, en nuestro trabajo diario, escuchamos como las fantasías de los sujetos aparecen desplegadas en sus discursos, discursos que también dan cuenta de la realidad de estos sujetos, y tanto la realidad como la fantasía de los mismos está permanentemente atravesada por la tecnología que forma el universo de estos. Rápidamente pensamos en los dispositivos digitales que ya forman parte de nuestra cotidianidad, pero también la ciencia y la técnica viene cambiando a un ritmo vertiginoso, de una forma en que nunca antes lo vimos. Entonces ¿cómo pensar la realidad y la fantasía a partir de estas nuevas condiciones de producción de la subjetividad?

Introducción

Empecemos por la realidad en la clínica. Nos dice Guy Le Gaufey

Trataré de mostrarles que la aproximación clínica se apoya en una política semiótica, en profundo acuerdo con la concepción clásica del signo, mientras que el psicoanálisis es mucho más ambiguo sobre este asunto. Nadie puede decir que la práctica psicoanalítica es, de una manera u otra, ajena a la pregunta sobre el signo en sus más clásicos aspectos; pero al mismo tiempo, el psicoanálisis estaría en el camino de la ruina si se sostuviese solamente en esta aproximación. ¿Por qué? Porque parte de la efectividad del análisis descansa en un camino muy diferente a la hechura de la significación. Y esto no es una bagatela; el éxito de la interpretación muy a menudo depende de ello, especialmente cuando se enfoca en la transferencia (Le Gaufey, 2004, p.255).

Peirce dice que el signo es algo que toma el lugar de algo para alguien, y este proceso se apoya en tres elementos: el signo, el objeto y el interpretante, este último elemento es el lugar donde el enlace entre signo y objeto es válido (por lo que podemos pensar que todo esto se apoya en una construcción). Tenemos también que la mirada clínica, tal como la estudió Foucault, es la que no se deja engañar por las apariencias en su búsqueda de la verdad. ¿Pero qué verdad? Aquí, en la perspectiva clínica, lo que llamamos verdad es lo que está directamente conectada con la realidad, realidad de la que los signos son su expresión. Por ejemplo, los sueños, o los síntomas: tenemos un conflicto, la formación de compromiso y la relación que establecemos entre ambos.

Por eso es tan importante para el clínico excluir el engaño, nos dice Le Gaufey. Esto forma parte de los orígenes e historia del psicoanálisis, por ejemplo, la discusión entre Charcot y Freud por el tema del simulacro en el caso de las histerias. Cuando Freud permite que sea el discurso de sus analizantes quien guía la investigación, la preocupación por la realidad toma otro sesgo. Sabemos que a pesar de su carta del 21/9/1897 donde dice que ya no sigue su teoría sobre la universalidad del trauma, nunca dejó de considerar la realidad del mismo. Pero a esa realidad del trauma la mezcló sutilmente con algo diferente, y pasó de la teoría traumática, a la teoría de la fantasía inconsciente (Le Gaufey, 2004, p.257). Vemos así que eso diferente es la fantasía.

Fantasía

Sigamos con la fantasía. Veamos qué dice Freud el 25/5/1897:

Las fantasías se generan por conjunción inconciente de vivencias y de lo oído, con arreglo a ciertas tendencias. Estas tendencias son las de dificultar el recuerdo del que se generaron o podrían generarse los síntomas. La formación de fantasía acontece por amalgama y desfiguración análoga a la descomposición de un cuerpo químico compuesto con otro. La primera variedad de la desfiguración es, en efecto, la falsificación del recuerdo por desmembramiento, en el que se descuidan justamente las relaciones de tiempo. (El corregir temporal parece depender justamente de la actividad del sistema-conciencia.) Un fragmento de la escena vista es reunido entonces en la fantasía con uno de la escena oída, en tanto el fragmento que quedó libre entra en otra coligazón. Con ello, se hace inhallable un nexos originario. Por la formación de tales fantasías (en períodos de excitación), cesan los síntomas rememorativos. En cambio están presentes poetizaciones inconcientes que no han sido puestas bajo defensa. Si ahora crece la intensidad de una de estas fantasías tanto que no podría sino conquistarse el acceso a la conc[iencia], la fantasía sucumbe a la represión, y se genera un síntoma por rechazo desde ella sobre los recuerdos constituyentes.

Todos los síntomas de angustia (fobias) han derivado de este modo de fantasías. En todo caso los síntomas resultan así simplificados. Un tercer avance y [una]

tercera variedad de la formación de síntoma parte quizá de una formación de impulso. (Freud, 1996, p.264)

Esto propone Freud para entender cómo se crean las fantasías y vemos todos los elementos semióticos anteriormente aludidos, así como el enlace entre fantasía, síntomas y angustia. ¿Y según Lacan?

La fantasía inconsciente es ese espacio donde un sujeto en falta se relaciona de todas las maneras disponibles con su objeto de deseo. Si seguimos lo que Mayette Viltard propone en 'Foucault, Lacan: La lección de las Meninas' (Viltard, 1999) quizá podamos entender cómo la fantasía inconsciente es un montaje complejo que articula las diferentes dimensiones que se ponen a jugar en el despliegue del deseo. Allí la autora trae una cita del 30 de marzo de 1966 del seminario 'El objeto del psicoanálisis':

La fantasía, que simboliqué con la fórmula S barrado corte, si Uds. quieren, de (a). ¿Qué es ese (a)? ¿Es algo que equivale al i(a), imagen especular, eso en lo que se soporta, como Freud lo articula expresamente, esa serie de identificaciones envolviéndose unas en otras, adicionándose, concretizándose a la manera de las capas de una perla, en el curso del desarrollo de lo que se llama el yo? (Lacan, 1965-66, p.150)

No debemos olvidar que para Lacan la fantasía inconsciente es la que da el bastidor que de alguna forma organiza el espacio del deseo como lugar diferente al del goce invasivo y que actúa para contener la angustia.

Al hablar de la angustia no puedo obviar que es en el seminario dónde Lacan propone entender al psicoanálisis como una erotología, donde Lacan nos dice que existe un texto señalado para trabajarla, pero que es un texto poco recorrido, olvidado. Está hablando de *Das Unheimliche, Lo ominoso* (Freud, 1919), como tradujo Etcheverry, *Lo siniestro* como tradujo Ludovico Rosenthal, *La inquietante familiaridad*, como propone pensarlo Assandri para asir el intraducible *unheimliche*. En ese texto de 1919 Freud nos habla de ese sentimiento que nos toma frente a diversas experiencias, y una de ellas es el contacto con algunos autómatas, es decir, algunas máquinas que parecen estar animadas de una vitalidad diferente. El punto es que hoy día la vitalidad de los diferentes dispositivos que utilizamos parece estar naturalizado y nuestra vigilancia epistemológica ha cedido.

Tecnología

Quizá porque como freudianos por defecto, nos hemos contagiado del gran optimismo tecnológico que transmitía Freud en *El malestar en la cultura*, una obra más bien trágica como nos dice Mark Fisher (Fisher, 2022, p.138). En ella, Freud nos dice, hablando de las máquinas técnicas, como extensiones de los órganos:

Con ayuda de todas sus herramientas, el hombre perfecciona sus órganos- los motrices así como los sensoriales- o remueve los límites de su operación” (Freud, 1930a, p.89) “El hombre se ha convertido en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca todos sus órganos auxiliares”. Y pasa a dar ejemplos: “Los motores ponen a su disposición fuerzas enormes que puede enviar en la dirección que quiera como a sus músculos; el barco y el avión hacen que ni el agua ni el aire constituyan obstáculos para su marcha. Con las gafas corrige los defectos de las lentes de sus ojos; con el largavistas atisba lejanos horizontes, con el microscopio vence los límites de lo visible, que le imponía la estructura de su retina. Mediante la cámara fotográfica ha creado un instrumento que retiene las impresiones visuales fugitivas, lo mismo que el disco del gramófono le permite hacer con las impresiones auditivas, tan pasajeras como aquellas; en el fondo, ambos son materializaciones de la facultad de recordar, de su memoria, que le ha sido dada. Con ayuda del teléfono escucha desde distancias que aun los cuentos de hadas respetarían por inalcanzables; la escritura es originalmente el lenguaje del ausente, la vivienda un sustituto del seno materno, esa primera morada, siempre añorada probablemente, en la que uno estuvo seguro y se sentía tan bien (Freud, 1930, p.89).

Esta relación entre el organismo y las máquinas no es nueva, pero a finales del SXX es lo que el ciberpunk ha explorado a través de la literatura y el cine, con obras como *Blade Runner* (tributaria de un cuento de P.K. Dick), *Neuromante de W. Gibson* o *Videodrome de D. Cronenberg*. En estas obras las pantallas son extensiones del cuerpo y los cyborgs son organismos cibernéticos, donde la información circula a una velocidad diferente a como lo hace en nuestros cuerpos. Allí el conflicto está planteado a partir de la relación de la tecnología con los sujetos. Pero esta relación dinámica entre los sujetos y la tecnología tiene una larga historia, que empieza con la escritura precisamente.

Para Anne Carson, ensayista y poeta, la lectura y la escritura cambian a la gente y a las sociedades.

¿Es una coincidencia que los poetas que inventaron a Eros, que lo hicieron una divinidad y una obsesión literaria, fueran también los primeros autores de nuestra tradición en dejarnos sus poemas en forma escrita? (Carson, 2015, p.66)

Esta dimensión divina o literaria, no deja de afectar a los cuerpos:

Un individuo que vive en una cultura oral utiliza sus sentidos de manera diferente al que vive en una cultura alfabetizada, y esa utilización sensorial diferente viene acompañada de una manera diferente de concebir sus propias relaciones con el entorno, de una concepción diferente de su cuerpo y una concepción diferente de su yo. La diferencia gira en torno al fenómeno fisiológico y psicológico del autocontrol individual. El autocontrol apenas tiene relevancia en un medio oral en el que la mayor parte de la información importante para la supervivencia y el entendimiento ingresa al individuo a través de los conductos abiertos de sus sentidos, en particular su sentido del sonido, en una interacción continua que vincula al individuo con el mundo exterior. Para esa persona, una completa apertura hacia el entorno es condición para un óptimo estado de conciencia y alerta, y un continuo intercambio fluido de impresiones y respuestas sensoriales entre ella y el entorno es la condición apropiada para su vida física y mental. Cerrar sus sentidos al mundo exterior sería contraproducente para la vida y el pensamiento (Carson, 2015, p. 69).

Cuando la gente empieza a aprender a leer y escribir surge un nuevo escenario. La lectura y la escritura requieren enfocar la atención mental en un texto por medio del sentido de la vista. A medida que un individuo lee y escribe gradualmente aprende a bloquear o inhibir lo que captan sus sentidos, a inhibir o controlar las respuestas de su cuerpo a efectos de dirigir la energía y el pensamiento hacia las palabras escritas. Se resiste al ambiente externo por medio de la distinción y el control de lo propio interno. Los psicólogos y los sociólogos nos dicen que al principio esto constituye un esfuerzo laborioso y doloroso para el individuo. Al hacer ese esfuerzo toma conciencia del yo interior como una entidad separable del entorno y sus estímulos, controlable por su propia acción mental. El reconocimiento de que esa acción de control es posible, y tal vez necesaria, marca una etapa importante en el desarrollo tanto ontogenético como filogenético, una etapa en la que la personalidad individual se repliega para resistir la desintegración. Si la presencia o la ausencia del alfabetismo afecta la manera en que una persona mira su propio cuerpo, sus sentidos y su yo, ese efecto influirá en la vida

erótica de manera significativa. Es en la poesía de quienes estuvieron expuestos por primera vez a un alfabeto escrito y a las demandas del alfabetismo donde encontramos una meditación deliberada sobre el yo, especialmente en el contexto del deseo erótico. La intensidad singular con que estos poetas insisten en concebir al eros como falta quizá refleja, en algún grado, esa exposición. El entrenamiento en la lectoescritura alienta una conciencia agudizada de los límites físicos personales y un sentido de esos límites como recipiente del propio yo. Controlar los límites es poseerse a uno mismo. A los individuos para quienes la auto-posesión se ha vuelto importante, el influjo de una emoción repentina e intensa que viene de afuera no puede dejar de parecerles un suceso alarmante, a diferencia de lo que sucedería en una cultura oral en la que esas incursiones son los conductores habituales de la mayor parte de la información que recibe una persona. Cuando un individuo comprende que solo él es responsable del contenido y la coherencia de su persona, un influjo como el del eros se convierte en una amenaza personal concreta. Así, en los poetas líricos el amor es algo que asalta o que invade el cuerpo del amante para arrebatárle su control, un forcejeo personal de la voluntad y el físico entre el dios y su víctima. Los poetas dejan constancia de este forcejeo desde una conciencia —tal vez nueva en el mundo— del cuerpo como una unidad de miembros, sentidos y yo, asombrada de su propia vulnerabilidad (Carson, 2015, p.70).

El cuerpo, el yo, los sentidos, sin duda se ven impactados por la tecnología, que a través de las pantallas interactúa con ellos. En *Videodrome* la película de Cronenberg, el profesor Brian O'Blivion nos dice que la pantalla ya es la retina de nuestro cerebro, y basta en pensar en la actualidad, cómo una notificación de cualquier aplicación puede pavlovianamente tomarnos. O también pensar de qué forma lo que se ve y lo que se muestra, cambia en la neurosis de transferencia mediada por TIC: fotos de perfil, estados, la escena que el analista y el analizante disponen para la sesión.

Volviendo a lo que propone Carson, los poetas líricos fueron los que primero hubieron de lidiar con una tecnología que cambiaría el cuerpo y a eros. En este caso, la tecnología de la escritura y en el caso del alfabeto griego, este en su singularidad, fue un formidable instrumento, gracias al uso de los bordes.

Quando pensamos en esta extraordinaria invención del alfabeto griego y pensamos cómo funciona la mente humana cuando utiliza el alfabeto, los extraordinarios procedimientos del eros adquieren un carácter comparable. Ya hemos detectado una antigua analogía entre el lenguaje y el amor, implícita en la concepción de la respiración como conductor universal de influencias seductoras y del discurso

persuasivo. Aquí, en la entrada al lenguaje escrito y al pensamiento alfabetizado vemos esa analogía revivida por los escritores arcaicos que se atrevieron por primera vez a poner sus poemas por escrito. El alfabeto que utilizaban es un instrumento único. Su singularidad surge directamente de su poder para marcar los bordes del sonido. Ya que, como hemos visto, el alfabeto griego es un sistema fonético singularmente dedicado a representar cierto aspecto del acto discursivo, a saber, el comienzo y la interrupción de cada sonido. Las consonantes son el factor crucial. Las consonantes marcan los bordes del sonido. La relevancia erótica de este hecho es clara, porque hemos visto que el eros está vitalmente alerta a los bordes de las cosas y hace que los amantes los perciban. Así como el eros insiste en los bordes de los seres humanos y de los espacios que hay entre ellos, la consonante escrita impone un borde a los sonidos del discurso humano e insiste en la realidad de ese borde, pese a que se origina en la imaginación vinculada a la lectura y la escritura (Carson, 2015, p.84).

Para terminar, probablemente ese sea el desafío, aprender a usar la nueva tecnología y ver cuáles son esos nuevos bordes que nos propone, para poder conceptualizar qué es lo que del psicoanálisis permanece, y qué es lo que cambia, a partir de esa nueva configuración. Y ver cómo eso impacta en nuestra realidad. Y en nuestra fantasía.

Referencias Bibliográficas

Carson, A. (2015), *Eros, el dulce amargo*, Fiordo

Fisher, M. (2022), *Constructos flatline*, Caja negra.

Freud, S. (1919) *Lo ominoso*, en: J. Strachey (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XVII Amorrortu Editores.

Freud, S. (1924) *La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis* en: J. Strachey (comp.). (1980). *Sigmund Freud. Obras completas*. Tomo XIX Amorrortu Editores.

Freud, S. (1930) *El malestar en la cultura*, en: J. Strachey (comp.). (1980). Sigmund Freud. *Obras completas*. Tomo XXI Amorrortu Editores.

Freud, S. (1996) *Sigmund Freud: cartas a Wilhelm Fließ*, Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1965-66) *El seminario, Libro 13 El objeto del psicoanálisis*, edición para circulación interna de la EFBA.

Le Gaufey, G. (2004) *¿Es el analista un clínico?*, en Opacidades 3, ediciones Cernedor.

Viltard, M. (1999) *Foucault-Lacan: La lección de las Meninas*, en Litoral 28, Edelp